

De la ventana políticamente incorrecta

Mírame

ANTONIO UNGAR
Anagrama, Bogotá, 2019, 190 pp.

XENOFOBIA, PEDOFILIA, incompreensión, enfermedad, racismo, pobreza. Todos estos elementos parecen confluír en esta novela del bogotano Antonio Ungar (1974) cuando una familia de “oscuros” llega a vivir en el quinto piso del número 21 de la Rue C. “Al otro lado de los patios”, un traductor francés encerrado en su apartamento emprende el que será su diario, pegado con fragmentos y fragmentos que configurarían la novela *Mírame*. Este personaje, habitante de la vieja república y traductor de documentos y cartas, inicia la escritura de un breviarío personal y –llevado por su esquizofrenia fascistoide– registra su día a día mientras recuerda las palabras de su hermana muerta: “Un diario en el que anotes cada cosa que te pase. Un diario, eso te ayudará. No dejes nada afuera, dijiste. No escondas, nadie más que tú lo leerá” (p. 13). Se trata de un hombre extraño que, a duermevela, consigna con precisión frenética el curso de su rutina para contarnos asuntos sin importancia, a través de los cuales Ungar espera dar algún color a su libro, aparte de ese gris mohoso que resulta de la interacción del personaje con el mundo.

Junto a su odio por todo lo que le resulte foraneo, extranjero, aparecen dos elementos que llamarán a la aventura a este fisgón ermitaño. El primero, Irina, una chica de 17 años y “de piernas largas” que se ha mudado al otro lado de la calle junto a su familia, paraguayos que el personaje juzga como “hindúes o árabes o gitanos”, simplemente porque su idea de Sudamérica tiene por molde la estampa de indios en taparrabos, sudacas que escupen en la calle y roban “atún y tomates picantes”. Un personaje que de paso delata un poco de ingenuidad por parte de un autor que no encuentra otra manera de delinear las características de su personaje más que a través de relatos ciegos de quien contempla la rutina propia atestado de pastillas de

Ritalin, Clonazepam y Diazepam. Sus juicios entonces pasan por maltratar a todo aquel que le parezca ilegal, suicio, venido de la pobreza de un tercer mundo, que ni siquiera derecho tiene a mirarle a la cara cuando compra sus pastillas narcóticas en la farmacia de un paquistaní o cuando, harto del desarreglo de su casa, debe llamar al servicio para que contamine los espacios de su privacidad: “Está goteando el calentador de agua. No tendré más remedio que llamar a un asiático para darle un dinero que no se merece y aguantar su olor mientras lo arregla” (p. 26). Al otro lado de la balanza –el otro elemento–, habita el recuerdo de su hermana desaparecida, Eva. Esto parece catalizar la incorrección de un narrador con el que nunca haremos buenas migas, aunque su paso continuado por la historia no llegue a cobrar la fuerza necesaria para entender el foco del relato, más allá de la colcha de retazos que supone una novela conformada por hojas sueltas junto a un fantasma que lo recorre todo sin llegar a iluminarlo: “Tu cuarto, Eva mía, está como lo dejaste el día en que te fuiste” (p. 64). Aparecen de ese modo rasgos más claros que terminan de dibujar un estereotipo, el de un maníaco al que la idea de un dios y lo espiritual lo cruza solo cuando descubre su verdadera humanidad, perdida entre ansiolíticos e ideas absurdas sobre una Nueva República libre de inmigrantes:

Por tu obra y gracia me curé de todos los dolores recientes. Pasé cuarenta y ocho horas arrodillado frente a tu altar. Después de apagar las velas, comí, me lavé el cuerpo durante veintitrés minutos y ya estoy de nuevo en pleno uso de mis facultades, listo para enfrentar mi destino. (p. 67)

La obsesión del personaje por la joven Irina le lleva a cambiar repentinamente de escenario. Entonces recorre una ciudad sin matices en la que, sin embargo, logra dar algo de movimiento a su historia. Va de un café a otro, vuelve a la farmacia, a una granja que ha heredado de sus familiares, o regresa a casa, incluso a la puerta de los paraguayos. Entre tanto, siguen apareciendo instantáneas de su rutina mental, el cuadro que su mente nos arroja es el de una escena del crimen sin cuerpos;

desorden y papeles garabateados con el proyecto de una Europa renovada, frascos de pastillas, comida a medio probar y la penumbra de una ventana a través de la cual jamás entendemos cómo llegamos a ver tantos detalles, cuando de husmear en la vida de sus vecinos se trata. La obsesión termina por llevarle a ciertos lugares comunes que no pretendo ahora poner al descubierto. Celadas macabras, armas que de repente aparecen sobre una cómoda. Si por un lado nuestro personaje es convulso y famélico, por el otro es un obsesivo compulsivo, sobre todo en lo que atañe a sus recuerdos familiares. La dicotomía es clara, le obsesionan dos presencias que él juzga etéreas a la vez que punzantes.

De lleno en su tarea de restauración de la república, ya no se trata de las tomas subjetivas de su cabeza lisiada por el sulfato de dexanfetamina, el Red Bull y la Coca-Cola; ahora ha puesto cámaras en casa de Irina y sus escritos resultan ya mezcla del relato de lo visto (la tercera persona omnisciente que especula, imagina cosas e inventa causas y motivos), el relato propio (una primera persona descolocada y abiertamente ofensiva) y la epístola (Eva, como un ángel que mira todo cenitalmente). Se trata de dos y hasta tres personajes luchando en una mente hecha papilla.

La narración no tardará en cambiar, en tanto la empresa principal del personaje se ha materializado más allá de las cintas de video y la pantalla. Ha ido de ver por la mirilla de la puerta o de su ventana –y luego desde el ojo avizor de cámaras de seguridad– a ver la joven tendida junto a él en una postal agrícola que, de pronto, da una vuelta de tuerca hacia otro punto geográfico, rodeado no obstante por las mismas ideas de violencia e intolerancia que gobiernan sus pensamientos desde el inicio del diario. Reemprende las listas vacías con las que organiza su vida en el desmedro de cada trastorno mañanero. Ahora jugando a ser otro, fungir de hombre con ocupaciones sociales: cines, restaurantes, celebraciones, boliches. Protagoniza también escenas que lo confrontarán hasta llevarlo al límite, como el día en que Irina le regala un revólver, o cuando esta, embebida hasta el hartazgo de whisky, lo encara: “Un blanquito, un

marica, sin los pantalones para decir lo que piensa. Un taimado. Un pajero. Un blanquito pajero” (p. 144). Lo que no deja de parecerme poco convincente es cómo puede él, un hombre desequilibrado y víctima del abuso de anfetaminas y antipsicóticos, escribir este diario, cada vez más extenso y detallado en su factura, cada vez más coherente en lo que nombra y pone en movimiento. Un personaje que de repente se convierte en avesado escritor y que reprocha a su hermana con una conciencia total del tiempo y los recuerdos de infancia:

Fue ahí cuando me escupió. Cerré los ojos. Regresé por un instante apenas perceptible al patio del colegio, a las golpizas recibidas, a los niños de los que no pudiste salvarme por estar muerta y enterrada. Me escupió en la cara y mi cuerpo consiguió por fin conectarse con su animalidad, con su ira, y la empujé con todas mis fuerzas y al empujarla dio tres pasos rápidos hacia atrás pero no se cayó y en cambio soltó una carcajada victoriosa. (p. 145)

Este narrador ha mutado tanto en el orden y coherencia de sus argumentos como en la forma en que acomete los eventos en su cabeza para llevarlos al papel. Además, parece haber puesto en eficiente equilibrio el norte de su idea libertadora, y ha tomado un camino contrario al de la cartilla: locos que al recuperar su cordura cometen todas las locuras que esta clase de psicopatías supone. De todos modos, y para bien de *Mírame*, la paranoia de su personaje reaparecerá para atar todos los cabos sueltos: Irina, su familia, las cámaras de seguridad, el XANAX, el apartamento de las “bestias”: la familia de Irina. Luego de listar por enésima vez sus ideas para darles un orden, nuestro personaje agrega:

Algo no está bien. Intenté respirar profundo, echarle la culpa a las pastillas, a la paranoia, al alcohol, a la falta de sueño. Hablé en voz alta y me asusté más oyendo mi propia voz. Me di cachetadas para no ahogarme de miedo. (p. 150)

Luego viene la sorpresa. Un capítulo final que lanza un salvavidas a la novela. La metaficción de un escritor que vive en otra planta de su edificio,

un autor que los mira. Finalmente, la redención de Irina, del personaje xenófobo, la concreción de un proyecto fascista y la imagen final, a modo de saga policíaca, mezclándose otra vez en la cabeza de su protagonista. Así, *Mírame* resulta ser un experimento facsimilar en donde la incorrección política, lejos de delinear un mal que se quiera problematizar desde la literatura, presenta los defectos de una estructura narrativa sin cimientos, ganas de decir algo o cuestionar un modelo pero sin acercarse al argumento, o de vendernos bien la idea de un personaje parecido a tantos, solo que en blanco y negro. Los matices quedaron en el aire, allí donde quedó la idea de una novela que, por contraste, apabullara, hasta la indignación.

Carlos Andrés Almeyda Gómez